

TESTIGOS EN LA ESCUELA

18

EDUCAR PARA LA VERDAD

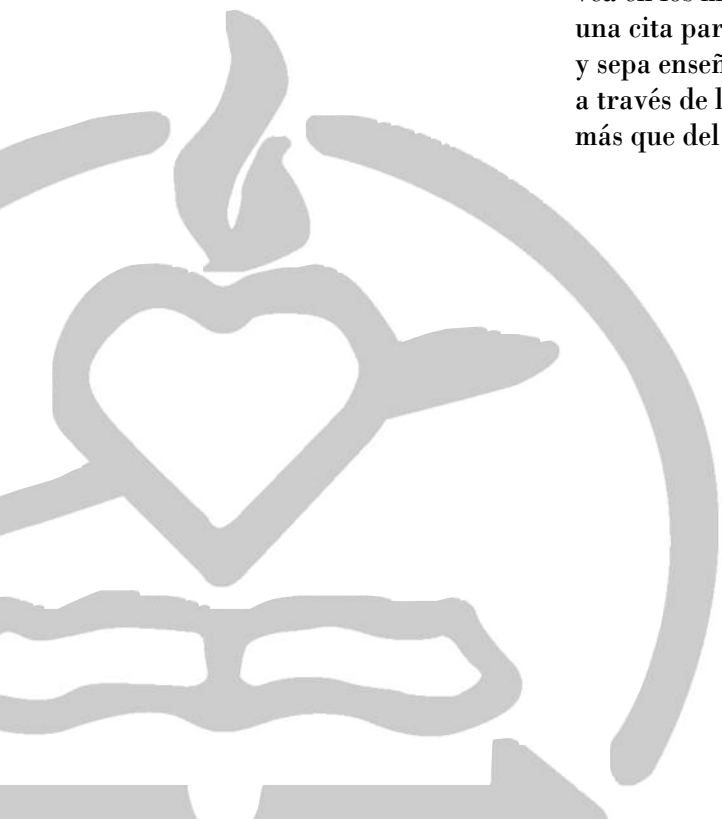
Ricardo Paniagua, OSA



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-96029-09-3****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-48.023-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

Educación para la verdad

RICARDO PANIAGUA, OSA

«El maestro que se pasea a la sombra del templo entre sus discípulos no da su sabiduría, sino más bien su fe y su afecto.

Si es de verdad sabio, no os obligará a entrar en la casa de la sabiduría os guiará hasta el umbral de vuestro propio espíritu».

(GIBRÁN J. GIBRÁN)

NOS llama la atención las palabras del Evangelio en que Pilatos interroga a Jesús sobre su misión. Jesús responde que ha venido al mundo para ser testigo de la verdad (*Juan 18, 37*). Prosigue el

diálogo y Pilatos pregunta de forma retórica: «*¿Y qué es la verdad?* (*Juan 18,38*). Hoy, dos mil años después, cuando en nuestros idearios escolares citamos como uno de los principales objetivos «educar en la verdad», resuena, también, la pregunta del evangelio: pero ¿qué es la verdad?.

La expresión *educar para la verdad* aparece en la mayoría de los proyectos e idearios educativos de los colegios cuando se pretende presentar un listado de valores y de metas formativas. Entendiendo por valores esas ideas matrices que dan una orientación fecunda a toda la vida. Hablamos, así, de educar para el amor, educar para la paz, educar para la libertad, *educar para la verdad*, etc.

El pensamiento y la trayectoria vital de san Agustín, incansable buscador de la verdad, expresan su afán por encontrar la verdad y constituyen un ejemplo para el hombre del siglo XXI. No se puede hablar de una educación para la verdad sin recordar la conocida frase agustiniana: «Que la verdad no sea tuya

ni mía, para que así pueda ser tuya y mía» (*Comentarios a los Salmos* 103,2,11). San Agustín es uno de los grandes pensadores que nos ofrece las mejores aportaciones sobre el tema de la verdad. No sólo es un teórico que escribe y reflexiona en la mesa de estudio, sino que su propia vida fue una búsqueda constante y azarosa por acercarse a la verdad. Su corazón inquieto, su intento insaciable de búsqueda y su conversión, son el reflejo de su acercamiento progresivo a la verdad y un modelo válido para nuestro tiempo.

La interioridad – dimensión más profunda del ser humano– es el camino que Agustín sugiere para acercarnos a la Verdad con mayúscula. Es dentro de nosotros mismos donde podemos encontrar y abrazar la verdad «En el hombre interior habita la verdad... A la verdad no se llega pensando o discurrendo, sino que ella misma se manifiesta a los que la desean» (*La verdadera religión* 39,72).

Si volvemos la mirada hacia la pedagogía agustiniana, encontramos que «la función del maestro es desarrollar un acercamiento gradual del alumno a la verdad» (*Soliloquios* 1,23) y que «la marca distintiva de un buen maestro es amar la verdad por encima de todo y las palabras en función de la verdad» (*La doctrina cristiana* 4,11,26).

Uno de los desafíos señalado en el *Congreso de laicos agustinianos*,

celebrado en Roma del 16 al 21 de julio de 1999, es acercar, gradualmente, el pensamiento y la espiritualidad agustiniana a nuestro mundo. Se decía: «Una Iglesia que quiera inculturar el Evangelio en el mundo contemporáneo tiene que sentirse, como san Agustín, más buscadora que propietaria de la verdad. Compañera de tantos seres humanos que se enfrentan a la cuestión del sentido y fundamento último de la vida. Solidaria con aquellos que dudan y preguntan. ‘Buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando’ (*La Trinidad* 15,2,2)» (*Espiritualidad agustiniana y vida laical*, Pubblicazioni Agostiniane, Roma 1999, p.23). La consigna tiene hoy plena vigencia y el educador agustiniano tiene que amar la verdad, conservar la caridad y desear la unidad (cf. *Sermón* 267,4).

Entre otros desafíos se puede citar la defensa de los derechos humanos, la atención a los desfavorecidos, la preocupación por los alejados, la asimilación de la diversidad y otras necesidades que tiene la sociedad y que están presentes en nuestros centros.

Si somos consecuentes con el verdadero sentido de la educación, habrá que ayudar al alumno a que busque dentro de sí y elija el camino de la verdad. De nada sirven los mapas para quien no sabe a dónde ir. Los educadores no debemos olvidar que el encuentro con los jóvenes es más útil que el juicio; el diálogo más fácil que el consejo; la escucha más positiva que la crítica y, sobre todo, el ejemplo más elocuente

que la palabra. Porque el verdadero maestro no busca su beneficio, sino el de los alumnos. Es guía para ayudar, no para dominar o manipular. Esta actitud excluye tanto las formas egoístas y prepotentes como el afán de dominar o seducir.

No se puede educar sin valores, en crisis permanente, sin distinguir los valores de los contravalores, sin ofrecer un mínimo de seguridad que garantice el crecimiento de los alumnos. No todo vale, no todo es igual, hay un orden y una jerarquía en los valores. Aunque en las sociedades actuales son escasas las certezas, el educador, y máxime el educador creyente, tiene la obligación y la posibilidad de ofrecer los valores cristianos que se expresan en los deseos más hondos del hombre.

«No hay educación si no hay verdad que transmitir, si todo es más o menos verdad, si cada cual tiene su verdad igualmente respetable y no se puede decidir racionalmente entre tanta diversidad. No puede enseñarse nada si ni siquiera el maestro cree en la verdad de lo que enseña y en que verdaderamente importa saberlo».

(FERNANDO SAVATER, *El valor de educar*, 11ª edición, ed. Ariel, Barcelona 1999. pp.134-135).

EDUCAR EN SOCIEDADES PLURICULTURALES

«El Evangelio vive siempre en diálogo con la cultura, porque la Verdad eterna nunca deja de estar presente en la Iglesia y en la Humanidad. Si la Iglesia se aleja de la cultura, el Evangelio queda silenciado»

(JUAN PABLO II)

En el lenguaje contemporáneo son términos comunes *globalización* y *mundialización* y creemos, de manera superficial, que hacen referencia a los mercados, al comercio, y, en general, a la economía sin caer en la cuenta que afectan, también, a la cultura y a la educación.

A pesar de los fuertes movimientos nacionalistas que surgen en algunos países, estamos en el fin de los países homogéneos cultural y racialmente. La presencia de emigrantes y trabajadores extranjeros, que antes sólo se veían en tres o cuatro grandes capitales europeas, en estos momentos están en la mayoría de las ciudades y hasta en los pueblos más pequeños. Todos estos cambios han llegado, también, a la escuela y el profesor ya tiene, delante de él, a niños y niñas de culturas y razas distintas, lo cual puede ser una nueva fuente de tensiones y conflictos sociales, aunque

también de posibilidades y, desde luego, de retos educativos inéditos. El alumno y la clase uniforme, si alguna vez existieron, hoy han desaparecido.

Los valores, principios, pautas y motivaciones que hasta ahora primaban en la sociedad no son los mismos que las que mueven ahora a los muchachos en su aprendizaje; el mundo globalizado ya está presente en la escuela. La educación, sobre todo gracias a los medios de comunicación y en concreto a Internet, ha introducido a la escuela en la aldea global. Los jóvenes reciben múltiples informaciones y acceden con facilidad e inmediatez a las noticias y conocimientos que provienen de cualquier parte del mundo.

A partir de ahora, será importante asumir la diversidad cultural de los alumnos como una riqueza y un nuevo campo de posibilidades para alumnos y profesores. La enseñanza en un ambiente de pluralismo cultural puede ser no sólo una protección contra la discriminación racial y social, sino, además, un principio activo de enriquecimiento cultural y cívico de las sociedades contemporáneas.

La escuela puede y debe ser un ámbito social que facilite la integración de los niños y jóvenes mediante nuevos métodos pedagógicos y nuevos enfoques educativos. La educación puede ser un factor de cohesión e integración, si procura tener en cuenta la diversidad de los individuos y de los grupos humanos y evita ser, a su vez, un factor de exclusión social.

Nuestro respeto de la diversidad y de la especificidad de los alumnos que tenemos en el aula, debe llevar a desterrar toda enseñanza generalista que olvide la diversidad y la pluralidad. Los fines educativos serán los mismos para todos, pero los métodos deben cambiar para facilitar el aprendizaje de los alumnos. En esta situación, los valores cristianos de nuestros centros pueden favorecer las actitudes tolerantes y la verdadera integración.

Al hablar de pluralismo en la escuela, en los medios de comunicación o en la sociedad, se identifica esta palabra con progreso, tolerancia y modernidad. La palabra se ha convertido en un tabú que nadie se atreve a criticar. Se obliga a admitir una opinión y su contraria, una teoría y su opuesta, bajo la condición del respeto a la libertad del individuo. Lo más que se admite es que la verdad está cerca de la opinión mayoritaria; es decir, las mayorías son las que tienen la razón.

Únicamente una educación que tienda a una cultura cívica compartida por todos, puede impedir que las diferencias sirvan para mantener las desigualdades o producir enfrentamientos. Este es el reto que aguarda a la educación del siglo XXI, para evitar el drama de que sean los más débiles los primeros en costear la globalización.

La enseñanza de la tolerancia y el respeto al otro son condiciones necesarias de las sociedades plurales y democráticas. Una película de hace unos años, vista por muchos jóvenes, se titula «El día de la bestia». En ella, con un

lenguaje y una estética propios de nuestros días, se habla del fin del mundo y del milenio y de la llegada de una nueva bestia o plaga apocalíptica que asolaría el mundo, que no es otra que el racismo. Y como cosa curiosa, es un profesor de Teología el que cree descubrir en los textos sagrados la característica de ese diablo que se avecina.

Esperemos que en la escuela y en el contacto con otros jóvenes y culturas se frene la llegada de esa bestia, aunque en las recientes elecciones políticas de varios países europeos, los partidos y líderes racistas acumulan porcentajes altos del voto del pueblo. En todo caso, también en este tema la escuela no es la única responsable —como a veces se dice— ni la que puede resolver los conflictos que tiene la sociedad. El educador no puede vivir tenso sino, desde la serenidad de sus certezas, educar para el futuro, para lo que venga. No hay que adaptar demasiado los principios y valores en las sociedades plurales del momento porque el presente cambia a un ritmo de vértigo y porque el acento hay que ponerlo en los valores intemporales que obedecen a los deseos que se albergan en lo más hondo de la persona.

LA EDUCACIÓN PERMANENTE

«Comienzo a ser libre cuando presto atención preferente a la realización del

ideal de mi vida y cuando asumo activamente la llamada de los grandes valores»

(A. LÓPEZ QUINTÁS)

Con la expresión «*sociedad de la educación*» se quiere decir que ya nadie puede acumular conocimientos suficientes en la vida escolar. Debemos estar en proceso flexible de aprendizaje durante toda la vida. En el mundo que se avecina todos seremos estudiantes permanentes. Nadie puede quedarse con los conocimientos que adquiere en la juventud y en el colegio, pues la rápida evolución del mundo exige una actualización permanente de los distintos saberes. Al revés que hace años, hoy la educación ocupa un lugar cada vez mayor en la vida y en la preparación de los individuos, y aumenta su función en la vida diaria de las sociedades modernas porque no se reduce a una franja concreta de edad. «La obligación de seguir aprendiendo es consecuencia del amor a la verdad» (*Respuesta a las ocho preguntas de Dulquicio 2,6*).

La educación permanente no es un ideal lejano o reservado solamente a los privilegiados, como lo fue en otro tiempo, sino que es una realidad que tiende a extenderse y a materializarse en toda la sociedad. Es momento de no considerar que las diversas formas de aprendizajes y los distintos saberes son

independientes y completos, sino, más bien, convergentes, complementarios y parciales.

El ejemplo más claro de la necesaria formación continua y permanente, a lo largo de la vida, está en que los educadores somos al mismo tiempo, docentes y discentes, maestros y discípulos. Es decir, estamos en continuo aprendizaje. ¡Cuántas veces hemos oído hablar de la formación continua y de la necesidad del reciclaje! A esta tarea se orientan los cursillos, las didácticas y las múltiples especializaciones en las que participan personas de todas las edades. La educación, sin límites temporales ni espaciales, se convierte en una dimensión imprescindible de la vida misma.

La educación básica de los niños y jóvenes, logra sus propósitos cuando es capaz de suscitar el deseo de seguir aprendiendo y se hace realidad en los estudios posteriores, así como en la actitud abierta ante la novedad y los cambios. También en esto se puede decir que cuanto más se sabe y mejor preparación se tiene, más se busca el perfeccionamiento y la capacitación personal y profesional.

En la sociedad de hace años, la estabilidad social, política y cultural hacía que los cambios apenas afectaban a una generación, pero hoy día los espacios educativos se ven sometidos a los avatares del cambio continuo, que actúa sobre ámbitos que tradicionalmente eran muy estables como la familia, la Iglesia, la nación,

etc. Un peligro que está al acecho es el estancamiento o la rutina en los educadores. No actualizarse, no tener curiosidad o inquietud por conocer y aprender es uno de los mayores fallos del educador. Parodiando al profesor Alejandro Llano, *el diablo es conservador*; es decir, nos cuesta tanto cambiar las cosas porque creemos que es imposible cambiarlas.

Nunca en la historia el ser humano había recibido tantas informaciones sobre sí mismo y sobre el mundo. Pero, ¿la información es saber? El reto que tiene el alumno es ser capaz de transformar las informaciones en conocimiento. Para ello es necesario un punto de referencia desde el cual entender, clasificar y relacionar los múltiples datos recibidos.

«Primera consecuencia de la conversión de san Agustín a la búsqueda de la verdad es su convicción de que esa verdad existe con más evidencia que su propia vida (Confesiones 7,10,16). ¿Qué hay que hacer, entonces? Buscarla. Es la conclusión que propone cuando, ya convertido, escribe *Contra los académicos*. Nuestra tarea, dirá Agustín, es una: buscar la verdad. No es tu búsqueda la que crea la verdad, sino que la verdad te va poseyendo y,

quieras o no, vas siendo testigo de la verdad».

(RAMIRO FLÓREZ, en *Valores Agustínianos. Pensando en la educación*, Publicaciones FAE, nº 3, Madrid 1994, p. 163).

La rapidez en las transformaciones de la sociedad hace que los saberes y las técnicas adquiridos durante los años de la escuela, pierdan rápidamente vigencia y se acentúe la necesidad de la capacitación y formación continua.

A veces, los educadores vemos a los medios de comunicación como antagonistas de la educación y una dificultad añadida en nuestra labor. Pero, al margen de la calidad de los medios, éstos forman parte de nuestro espacio cultural en su sentido más amplio. Al sistema educativo no le queda más solución que utilizar su poder de seducción, de forma indirecta o de forma directa, a través de programas específicos. Nuestro alejamiento de los medios no impedirá sus mensajes y dejará a los alumnos sin unas pautas u orientaciones necesarias para enmarcar o relativizar sus mensajes implícitos o explícitos.

Los educadores debemos partir de dos ideas básicas: la verdad existe y nuestra tarea es buscarla. Aquí, sin embargo, como en el viaje a Itaca, lo importante no es la meta, sino el viaje. «Nos alegramos de la verdad; pero no tanto por haberla encontrado como por haberla buscado»,

escribe san Agustín (*Exposición incoada de la Carta a los Romanos*, 54). No es fácil alcanzar la verdad, pero nuestra vida se llenará si emprendemos con ánimo el camino para encontrarla. La verdad no es un objeto que está al final del camino, no es un vellocino de oro, la verdad es presencia que se manifiesta en la historia y se revela en el tiempo.

«Busquemos para encontrar y encontremos para seguir buscando. Pues el hombre cuando cree terminar, entonces comienza» (*La Trinidad* 9,1,1).

La escuela puede y debe dar unas bases científicas sólidas, pero sabiendo que lo que transmite cambiará muy pronto. Será el hábito de trabajo, la ilusión y la curiosidad científica, la metodología, el saber acercarse a los recursos, lo que va a permitir a los alumnos un reciclaje continuo y a tener una mente abierta al cambio.

EDUCAR EN UNA SOCIEDAD POSTMODERNA

«La verdad es peligrosa, pero el hombre de bien no puede dejar de decirla».

(BALASAR GRACIÁN)

En los países occidentales, vivimos en lo que se ha llamado la sociedad

postmoderna. Es una sociedad con un fuerte recelo ante cualquier pretensión de verdad que, con mucha frecuencia, pasa del fanatismo al relativismo.

El profesor José Antonio Marina escribe que la modernidad o Ilustración identificó la inteligencia con la razón y ésta con la verdad. La postmodernidad, que es una corriente dominante, identifica la verdad con la creación estética y con el subjetivismo. Marina piensa que el paso siguiente será la ultramodernidad, una etapa superadora de la postmodernidad, aquella en la que la inteligencia ejerce la función de dirigir el comportamiento para salir bien parados de la situación en que estamos mediante la ética.

Esta postmodernidad, presente en el mundo desarrollado, tiene entre sus expresiones la provisionalidad, la falta de compromiso, la indeterminación, la superficialidad agradable y el relativismo general, que facilita los sentimientos cambiantes sin graves riesgos y la ausencia de compromisos de larga duración.

Se ha extendido y se presenta la idea de que el relativismo en nuestra sociedad es un síntoma de progresismo político y que la igualdad de valor de todas las opiniones es el fundamento de la democracia. Pero si todas las creencias e ideas son iguales, si cada grupo define sus propios valores, si los lenguajes son intraducibles, si no hay posibilidad de historia común, desaparecen los valores trascendentes estables y seguros para volver a la dictadura del más fuerte o de

quien detenta el poder o tiene mayor influencia en los medios de comunicación social. Este relativismo trata de convencernos de que la verdad no es más que el resultado del consenso o de las mayorías.

San Agustín escribe una carta a un obispo donatista –muy distante, por tanto, a su modo de pensar– en la que establece dos principios básicos: respeto hacia todas las opiniones pero, al mismo tiempo, exposición clara de la verdad. «Mi propósito no es el de obligar a los hombres a abrazar religión alguna, sino el poner en claro la verdad para todos aquellos que la buscan con sinceridad» (*Carta 23,7*).

Toda persona tiene derecho natural a la verdad como exigencia del instinto propio de la inteligencia. Pero el individuo no siempre puede ejercer ese derecho por sí mismo y son los educadores quienes pueden proporcionar respuestas adecuadas. El pensador francés J. Francois Revel ya habló en su libro «*El pensamiento inútil*» de que la verdadera batalla será entre la verdad y la mentira.

El peligro de estas sociedades modernas es que caminan hacia el pensamiento único. Tenemos muchos periódicos, radios y televisiones pero, desde el punto de vista ideológico, todos mantienen el mismo discurso. Se han sacralizado palabras como progreso, libertad, democracia, tolerancia, ecología, ciencia, etc. Existe la sensación de vivir en un mundo en el

que no se permite a la gente pensar, ni mucho menos decir lo que piensa. La paradoja es que recibimos muchos datos, informaciones y noticias, pero no siempre esto se transforma en saber. La criba y el modo de hacer esa transformación es a través de los valores personales.

Lo que llama la atención es que en la enseñanza también se ha instalado una duda permanente y parece como si las certezas morales y científicas hayan perdido credibilidad. A este relativismo que lo impregna todo se le tacha alegremente de progresismo. Así, cualquier tema que afecta a las costumbres, las ideologías o la moral, es tratado de una manera unilateral, lo que se llama un tratamiento *«políticamente correcto»*. Salirse de esa línea es quedar marginado de los medios influyentes de opinión. Para ello, no hay duda que la inteligencia crítica es el mejor bálsamo. El postmodernismo, con su cultura *light*, nos ha contagiado el síndrome de inmunodeficiencia mental que aniquila nuestras razones, haciéndonos vulnerables ante cualquier idea por débil que sea. Este síndrome tiene fácil solución: Estudiar y pensar más.

Sin embargo, en la sociedad actual persisten valores que enraízan con la tradición cristiana y que necesitan ser potenciados, tales como la libertad, la paz, la solidaridad, la tolerancia, la sinceridad. Estos puntos positivos nos permiten no caer en el pesimismo. Algunos de estos valores impregnan todavía la civilización occidental.

Valores que se manifiestan en el respeto a la libertad individual, el rechazo a la violación de los derechos humanos, el cuidado por el medio ambiente, el valor del diálogo para la resolución de conflictos y otros muchos más.

El concepto de verdad –que es uno de estos valores– está relacionado con la ética y ésta se relaciona con la moral. La moral nos permite enfrentarnos con altura de miras a la vida y nos ayuda a ser justos y felices; es decir, humanamente íntegros. Con la moral y la ética se puede superar el relativismo y orientar la acción humana en un sentido racional para saber elegir los medios más adecuados para alcanzar la felicidad.

PARA EL DIÁLOGO:

- **Pensando en la cultura de nuestro tiempo, ¿cómo superar la tentación del escepticismo y el relativismo?**
- **¿De qué modo alertar a los alumnos sobre la falsificación de la verdad en las llamadas escuelas de aprendizaje paralelo (medios de comunicación, opinión común, publicidad...).**

LOS JÓVENES QUE EDUCAMOS

«La razón es el instrumento más potente que tiene el hombre para comunicarse y la educación el mejor

sistema de cultivo de esa capacidad, harto necesaria para la comunicación»

(FERNANDO SAVATER)

Se dice en el informe «*Jóvenes Españoles 99*», de la Fundación Santa María, que los niños y los jóvenes que recibimos en las aulas son, de forma mayoritaria, la primera generación sociológicamente no cristianizada. No saben nada de la fe ni de la cultura religiosa y tampoco sienten la necesidad de saberlo. Esta misma realidad se experimenta cuando se pregunta por las razones de la elección del centro educativo en los colegios religiosos. Los padres responden con razones muy variadas y no son las de una buena formación las que tienen mayor peso. A estos jóvenes y a estas familias se dirige de forma mayoritaria nuestra labor educativa.

Estamos inmersos en una sociedad en la que imperan el materialismo, el subjetivismo y el hedonismo. Además, la sociedad occidental se caracteriza por ser aconfesional, postmoderna y postindustrial, viviendo en un ambiente pluricultural y de relativismo moral y de valores.

El modelo ejemplificador que tenía la familia tradicional ha desaparecido, igual que su autoridad, entendiéndose por autoridad la ayuda en el crecimiento. Hoy los jóvenes no ven ni aprecian los modelos familiares y tampoco escolares ni sociales, sino sólo de forma

coyuntural, temporal, y siempre de corta duración. La perspectiva de futuro de estos jóvenes es la creación de una identidad superficial, débil y fragmentaria, expuesta al albur de los vientos que corren.

Pero, aunque no se aprecie, la familia es el primer ámbito educativo y, como tal, establece el enlace entre los aspectos afectivo y cognitivo y asegura la transmisión de los valores y las normas. Por eso es imprescindible el diálogo padre-profesores, ya que para el desarrollo armonioso de los hijos es necesario que la educación escolar y la educación familiar se complementen.

Estos jóvenes han recibido todo de los mayores, les han superprotegido en la infancia y les facilitan lo que no pudieron tener ellos cuando fueron niños. Están saturados de cosas pero son rehenes de las cosas recibidas; están protegidos, pero, muchas veces, les ha faltado el acompañamiento, el cariño, la dedicación y el tiempo.

Este estilo de educación y los modelos recibidos, hacen que los jóvenes actuales sean muy poco tolerantes y resistentes a la frustración. Parece como si todos nos hubiéramos convertido en defensores de la recompensa inmediata a la acción y, cuando no llega, nos sentimos fracasados. El rechazo, a veces, de la verdad, tiene su explicación en la incomodidad de vivirla o defenderla. Lo advierte sabiamente san Agustín: «Los que dicen la verdad suelen sufrir

persecuciones» (*El Sermón de la Montaña* 1,5,15). Por eso en vez de servir el individuo a la verdad, se busca que la verdad sirva al individuo.

A estos jóvenes, que ya están presentes en nuestra escuela, tenemos que educar *en y para la verdad* y en un cuadro de valores estables. De tres fuentes principales recibe la juventud la mayor influencia: las condiciones económico-políticas, los medios de comunicación y los educadores. Este último grupo, el de los educadores, aunque sin la fuerza de los dos primeros, cuenta con los vínculos personales que se crean entre el joven y el adulto y que se expresan, sobre todo, en el ejemplo y el testimonio de vida. «La buena conducta de quien ejerce la autoridad es la mejor y más eficaz confirmación de las verdades que enseña» (*El orden* 2,27).

Los jóvenes tienden a retrasar, al máximo, su entrada en el mundo adulto como una muestra de esa huída para ejercer papeles de responsabilidad. El escritor francés Pascal Bruckner lo ha expresado claramente en su obra *La tentación de la inocencia*, donde expone las dificultades y reticencias que tienen los jóvenes y los adultos de esta sociedad para asumir responsabilidades. No quieren compromisos de larga duración porque se quiere vivir en una infancia y una juventud interminables.

Naturalmente, existen puntos positivos en la juventud cuya potenciación es un rayo de esperanza para el futuro, si no

son ahogados por las múltiples influencias negativas. En primer lugar, los jóvenes de hoy son menos hipócritas y expresan con libertad las ideas y, particularmente, los sentimientos. La sinceridad es un valor que no se discute. También es muy grande el peso que tiene la amistad. Los amigos son el círculo más valioso para un joven porque ofrece seguridad, apoyo y alegría a la vida.

Por debajo de su hedonismo, superficialidad y comodidad, hay un deseo de ser aceptado, una necesidad de ser generosos, de servir para algo o de ser útil, y un gran miedo a quedarse fuera, a estar sólo, a no ser querido.

La meta para el joven sigue siendo la autonomía como el supremo valor, entendida como la capacidad para elegir los propios fines, evaluarlos, justificarlos y tener energía para realizarlos, desde el respeto, el amor y el compromiso. Sobre la elección del propio camino, dice san Agustín: «No dudemos con ninguna clase de duda de las cosas que se han de creer, ni afirmemos con ninguna clase de temeridad las que se han de entender; en aquellas hemos de mantener la autoridad, y en éstas hemos de esclarecer la verdad» (*La Trinidad* 9,1,1).

Esa autonomía personal sólo podrá construirse dentro de un proyecto social. ¡Fantástica paradoja! Solamente podemos ser libres viviendo en sociedad, manteniendo relaciones que

limitan nuestra libertad. «Necesitamos de los demás para ser nosotros mismos», afirma san Agustín (*Comentarios a los Salmos* 125,13).

Todo joven está llamado al encuentro o diálogo con valores elevados. Esta llamada es lo que configura la vocación. La energía que irradian los valores son la referencia de nuestras obras y contribuye a desplazar el centro de gravedad de la persona alejando del yo egoísta para acercarnos al campo de la interrelación.

PARA EL DIÁLOGO:

- Señalar actitudes y gestos concretos de los educadores que puedan contribuir a educar para la verdad.
- «La verdad debe ser amada por sí misma, no por quien se nos anuncia, sea hombre o sea ángel» (Exposición de la Carta a los Gálatas 4). A partir de esta afirmación de san Agustín, ¿qué mensaje se puede transmitir a los alumnos?
- «La expresión popular cada maestrillo tiene su librillo», además de sugerir la creatividad o la metodología propias de cada educador, ¿puede encerrar la acusación velada de una cierta resistencia al cambio y al trabajo en equipo?
- «De cualquier parte que te hable la verdad, escúchala y recíbela como si estuvieses hambriento» (Comentarios a los Salmos 36,3,20). ¿Qué aplicación podemos hacernos a nosotros, educadores, de este texto agustiniano en nuestra relación con los padres, los alumnos...?

LOS MAESTROS QUE SOMOS

*«Tu verdad, no: la Verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela»*

(ANTONIO MACHADO)

Cuando se habla de los maestros, se dice que es el colectivo laboral más afectado por la depresión y por los problemas afectivos, que a veces pueden derivar en unas vidas desencantadas y amargadas. No es infrecuente ver personas inseguras, que viven con miedos o que no se sienten apreciadas por los alumnos, por los padres, por los compañeros o la dirección. Si no se tiene esa madurez y ese equilibrio básicos, con dificultad se va a poder ofrecer equilibrio a los alumnos.

A los educadores se nos pide mucho, quizás demasiado, y además se exige lo que la sociedad ha renunciado a ofrecer. Se dice, igualmente, que somos uno de los colectivos que más se resiste al cambio. Mientras tanto, a la escuela llega lo último en modas, estilos, valores... porque vienen de la mano de los jóvenes que reciben todas las influencias como una esponja. Sin una apertura crítica al cambio, es imposible entender el mundo juvenil y el educador cae en la rutina, el peor pecado del maestro.

El educador, debido a las expectativas que suscita la enseñanza y a las críticas sociales de que es objeto, sufre de soledad y de incompreensión. Es urgente

y necesario crear elementos de diálogo entre los docentes y la sociedad, con el fin de disipar el sentimiento de aislamiento y frustración del docente.

A pesar de esta baja estima personal y social, se espera del maestro que colme las carencias de otras instituciones también responsables de la educación. El maestro se encuentra ante jóvenes cada vez menos apoyados por las familias, pero más informados. En este nuevo contexto debe hacerse escuchar y comprender para despertar en sus alumnos el deseo de aprender y para hacerles ver que la información no es conocimiento, que éste exige siempre mucho esfuerzo, atención, rigor, voluntad.

La última propuesta de la *Ley de Calidad*, publicada en España el 2002, es un intento de recomponer la figura del profesor, dentro de tanta comprensividad, promoción automática, consejos escolares, derechos de los alumnos, etc. No hay duda que cualquier reforma educativa fracasará si no es apoyada y pasa por una participación activa del cuerpo docente. El olvido del protagonismo del profesor ha sido la causa del fracaso de sucesivas reformas anteriores.

Para el educador, la primera recompensa será el propio trabajo bien hecho, y no la causa o excusa para conseguir otras recompensas. No se puede olvidar que si hay un alumno con deseos de aprender, siempre habrá un maestro dispuesto a enseñar.

Cuando el educador vive su vocación con autenticidad, estará atento a dar respuesta a las necesidades de los alumnos, no hará más cosas o acciones que otros compañeros, pero a lo que hace le dará un sentido mayor de ayuda y de apoyo al crecimiento del joven.

Al final, el objetivo de la educación es la felicidad de los alumnos y esa es la única verdad a transmitir, desde la solidaridad y no la competitividad a la que nos arrastra la sociedad. Al menos en la escuela cristiana debería haber un orden de valores distintos al que se vive en la sociedad, que no fuera consumista, ni egoísta, ni competitivo, que pudiera ser guía de acción y contrapeso a los mensajes que llegan de la sociedad.

El objetivo de la educación en este mundo y con estos alumnos, ha de ser el descubrimiento del propio camino, al que se llega mejor mediante la comunicación y encuentro con los adultos, si éstos son personas maduras y con una jerarquía de valores. La educación, en el fondo, es enseñar a vivir, guiar y acompañar en el camino y desarrollo de esa vida que no es propia, sino de los niños y de los jóvenes. Facilitar que la juventud encuentre sus propios valores y el sentido de su existencia y fomentar las actitudes de convivencia que favorezcan el desarrollo integral de la persona. Sólo se educa si hay amor y diálogo entre educador y educando. Si falta esto, llegaremos, como mucho, a una simple instrucción que enriquecerá parcialmente al joven.

Por último, conviene no olvidar que los jóvenes son los protagonistas de su propia vida. A nosotros sólo nos compete ofrecer posibilidades y recursos y ponerlos a disposición de los alumnos que, en cada caso, tendrán que cubrir un camino personal único e irrepitable. Sin olvidar que los creyentes tenemos como único maestro a Jesús que se presenta como *el camino, la verdad y la vida* (Juan 14,6).

CAMINOS DE ESPERANZA

La verdad ha quedado muy tocada en los medios de comunicación, que es la primera fuente de información y de influencia en los jóvenes. La esencia de estos medios, y en especial de Internet, consiste en suministrar un flujo continuo e instantáneo de información, aunque llegue poco elaborada. Es una cultura en la que la veracidad pasa a segundo término y donde lo importante son los datos; por eso se dice que los medios ofrecen mucha información pero no necesariamente conocimientos y, menos aún, valores. La sabiduría y el conocimiento verdaderos necesitan reposo, contemplación y esfuerzo y no se consiguen por la acumulación de datos, por interesantes que éstos sean.

El Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales del año 2002, nos advierte de los peligros que puede tener Internet para los jóvenes porque *«Internet pone al alcance de la*

juventud, en una edad muy temprana, una inmensa capacidad de hacer el bien a sí mismo y a los demás. Puede enriquecer su vida y capacitarles para ayudar a la vida de los demás». La contradicción más evidente es que, en la era de las comunicaciones, el tipo de hombre incomunicado es el ejemplo más representativo.

El colegio católico puede ser un lugar adecuado para preparar y ayudar a discernir la verdad y a respetar las razones del otro. El cambio de postura y de opinión de las personas está también en el fondo de la racionalidad y de la tolerancia. Porque somos racionales, podemos cambiar y acercamos más a la verdad. Porque somos tolerantes y creyentes, los hombres son nuestros hermanos.

En una sociedad culturalmente uniformada y uniformadora, la libertad y la verdad lo tienen difícil. La razón, como instrumento de acercamiento a la verdad, es la única que puede garantizar la libertad. A veces tenemos la sensación de vivir en un mundo en el que la verdad ha sido violentada y conformada a un modelo dado en el que la libertad casi ha desaparecido.

Desde la escuela católica se debe educar superando ese pensamiento único, impuesto por la moda y expresado en palabras como democracia, libertad, tolerancia, progreso, etc. Nadie se atreva a discrepar o a expresar ideas estables, para no ser tachado de conservador, retrógrado, carca, antiguo, etc.

La educación para la verdad y para el uso de la razón nos puede dar un cierto blindaje contra las teorías radicales, uniformadoras, intolerantes o destructivas que, bajo capa de libertad y tolerancia, se exponen como si tuvieran el mismo valor. Ante la variedad y multiplicidad de teorías que se presentan con la etiqueta de verdaderas, se precisan algunas verdades estables. Lo advierte san Agustín: «La verdad es inmutable. Es el pan que, sin disminuir, alimenta las mentes; y no se cambia ella en el que la come, sino que cambia en ella al que la come» (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 41,1).

Es tanta la distancia cultural entre el alumno y el maestro que gran parte de la tarea educativa, desde el punto de vista técnico, consista en ser el profesor *un facilitador del aprendizaje, un mediador*, como dice san Agustín

Una reciente campaña de la FAD (Fundación de Ayuda contra la Drogadicción) ponía como lema «*La Educación lo es todo*». Al margen de algunas reticencias que podíamos tener con este lema, estamos de acuerdo con el fondo. La educación lo es todo pero ¿quién educa en la sociedad actual? La familia, el colegio, los amigos, los medios de comunicación, Internet, etc.

La consistencia de los propios criterios y la fidelidad a la verdad conocida serán posibles si fomentamos la autoestima, el autocontrol, la capacidad de discernir, la libertad, el esfuerzo, y, en general,

los valores que citamos en nuestros idearios educativos.

LA EDUCACIÓN COMO UTOPIA

Muchos piensan que la educación constituye un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia los ideales de paz, libertad y justicia social.

Ante el mundo futuro se avecina una serie de tensiones que serán difíciles de superar, como dice el informe de la UNESCO, y que podemos concretar en las siguientes:

- La tensión entre lo mundial y lo local. Es decir, ser ciudadano del mundo sin perder las propias raíces, participando activamente en los dos ámbitos.
- La tensión entre lo universal y lo singular. Aceptar la mundialización de la cultura, pero sin olvidar el carácter único de cada persona y su derecho a escoger su destino.
- La tensión entre tradición y modernidad. Adaptarse sin negarse a sí mismo y enfrentarse al desafío de las nuevas tecnologías de la información.
- La tensión entre el largo plazo y el corto plazo: Las opiniones piden respuestas rápidas, mientras que las soluciones necesitan ciclos largos de tiempo.

- Tensión entre la indispensable competencia y la preocupación por la igualdad de oportunidades.
- Tensión entre el extraordinario desarrollo de los conocimientos y las capacidades de asimilación del ser humano.
- Tensión entre lo material y lo espiritual, que también es una constatación eterna.

Estos interrogantes llegan a la escuela, pero ¿seremos capaces de resolverlos satisfactoriamente?

En educación, la verdad y la libertad están unidas; la una depende de la otra y la ausencia de una pone en peligro a la otra. En la sociedad actual, la mentira ha perdido su carga negativa y, ante la calificación de mentira, es frecuente que se conteste diciendo que es «la visión personal de la realidad». Es decir, se consagran el subjetivismo y el relativismo. Es hora de ser fieles a la verdad, único camino para la auténtica libertad.

A pesar de que hablemos de aprendizajes continuos y tengamos en cuenta los magníficos medios técnicos, nada puede reemplazar al sistema formal de educación. Nada puede sustituir a la relación de autoridad, pero también de diálogo, entre el maestro y el alumno. Es el maestro quien ha de transmitir al alumno lo que la humanidad ha aprendido sobre ella misma y sobre la naturaleza.

El hombre, cada uno en concreto, tiene la obligación de explotar sus talentos, como nos dice el evangelio (*Mateo 25, 14-30*). Esos talentos o tesoros están enterrados en el fondo de cada persona y son la memoria, la inteligencia, la imaginación, las aptitudes físicas, el sentido estético, la facilidad de comunicación, las dotes de liderazgo, etc.

REFLEXIONES FINALES

«No se conseguirá que alguien abandone por el razonamiento una idea a la cual no se ha llegado por el razonamiento».

(J. SWIF)

El saber es elección y cuanto más sabemos, más posibilidades de elegir tenemos y más libres somos. Por eso se dice que quien controla la enseñanza controla el saber y la libertad de los individuos. La búsqueda de la verdad no debe hacernos caer en la comodidad de quedarnos en una pedagógica estática. Las ideologías en el campo educativo suelen llevar a fabricar explicaciones cerradas, que nos eximen de buscar la verdad, la eficacia y la honradez. Aunque sea más duro y más arriesgado, es necesario el análisis continuo de la realidad y aceptar el

riesgo y el cambio. En este tema, como en otros, el diablo es conservador, parodiando el título del libro de Alejandro Llano, y está al acecho en la vida del maestro, lo mismo que la rutina.

Cuando los alumnos aceptan sin crítica la sugestión frente al razonamiento, la imagen a la idea, la afirmación a la prueba, entonces el grupo se transforma en masa y ahí la verdad tropieza con la ausencia de pensamiento crítico propia de la masa.

La primera obligación del educador es comprender y estudiar las situaciones en cada momento. Es decir, usar la razón y buscar la verdad. Para ello es necesario romper moldes, de vez en cuando, buscar la creatividad, sustituir planteamientos rígidos por otros más libres, no precipitarse y ser pacientes en la evaluación de las situaciones.

Los centros católicos tienen una historia centenaria que ha dado y debe seguir ofreciendo respuestas a las necesidades educativas de la sociedad. La frase de que la historia es maestra de la vida no es exacta de modo absoluto pero sí es adecuado afirmar que el hombre, los pueblos y las instituciones son lo que ha sido su historia. Si a un grupo humano le quitamos su trayectoria vital, larga o corta, nos quedamos con algo vacío.

La historia propia y general no predetermina el futuro, siempre puede ser distinta a lo que esperamos y esa variación va a depender de los hombres de ese momento, de su inteligencia y de

su flexibilidad, más que la confrontación de posturas o de opciones. En este sentido, se puede hablar de cómo la trayectoria histórica de las instituciones está formada por su ideario y por una multiplicidad de circunstancias, causas y expresiones concretas, que nos deben curar contra fundamentalismos, radicalismos y hasta de una mal entendida tolerancia a cualquier ideología.

En el futuro inmediato, una de las tareas más urgentes de la escuela católica será la participación del profesorado seglar en las diversas acciones educativas, pastorales, organizativas y directivas.

Los colegios, en los próximos años, estarán formados por comunidades educativas que incluirán responsabilidades asumidas por religiosos, profesores seglares, personal no docente y padres con preparación y dedicación adecuada, desde un Ideario cristiano de centro.

La escuela católica va a depender de esa nueva comunidad, y de su capacidad para llevar adelante la propuesta educativa cristiana, que es la única justificación que tienen nuestros colegios en las sociedades modernas. Este hecho supone una riqueza para la educación y una inmersión más auténtica de la sociedad real en el marco docente.

Nadie puede ignorar que a todos nos aguarda un futuro diferente en la escuela que debemos abordar con

ilusión, con sentido crítico y con nuestro bagaje de principios, valores y experiencias; sabedores de que con ellos vamos a poder enfrentar cualquier situación, ya que, si a esto sumamos el interés y cariño por la educación, nadie podrá estar en mejor situación que nosotros.

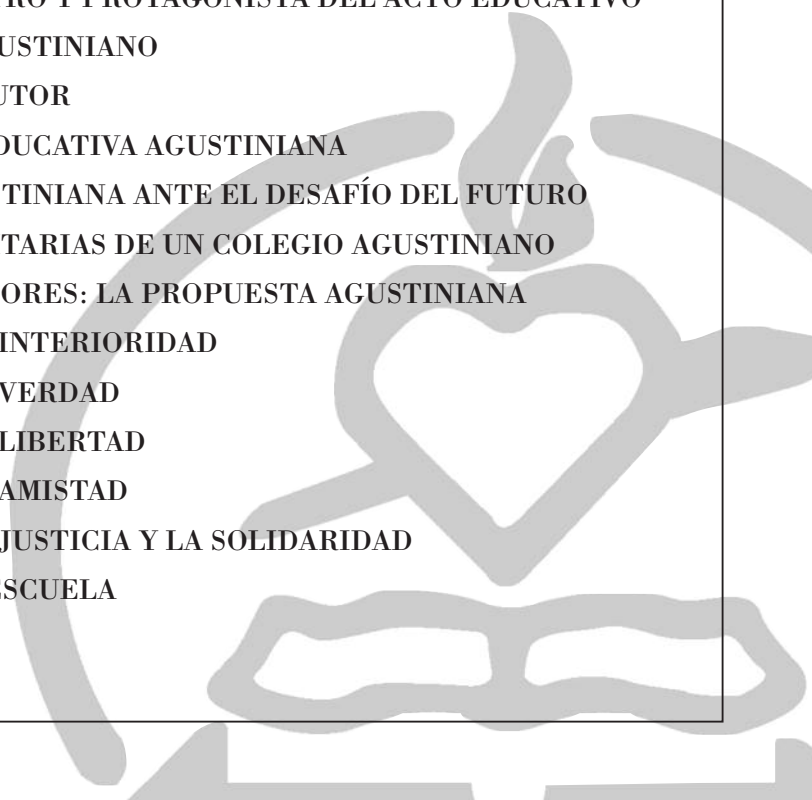
Recordando el pensamiento de Juan Pablo II aplicado a la educación, podemos decir que no debemos escudarnos en lo que suele llamarse la imposible objetividad. Si es difícil una objetividad completa, no lo es la lucha por encontrar la verdad, la decisión de proponer la verdad, la praxis de no manipular la verdad, la actitud de ser incorruptibles ante la verdad

BIBLIOGRAFIA

- BRUCKNER, P.: *La tentación de la inocencia*, Ed. Anagrama, Madrid 1995.
- CORTINA, A.: *El quehacer ético*, Ed. Aula XXI Santillana. Madrid 1996
- GREGORIO, A. de: *La escuela católica... ¿Qué escuela?* Ed. Anaya 21. Madrid 2001.
- FERE: *Significatividad evangélica de la escuela católica*, Ediciones SM. Madrid 2001
- FUNDACIÓN SANTA MARÍA: *Jóvenes españoles 99*, Ed. S.M. Madrid 1999.
- GIBRAN, J. G.: *El Profeta*, Ed. EDAF. Madrid 1991.
- LÓPEZ QUINTÁS, I.: *La inteligencia creadora*, Ed. BAC. Madrid 2002.
- LLANO, A.: *El diablo es conservador*, Ed. EUNSA, Pamplona 2001.
- MARINA, J. A.: *Crónicas de la ultramodernidad*, Ed. Anagrama. Barcelona 2000.
- MARINA, J. A.: *El misterio de la voluntad perdida*, Ed. Anagrama. Barcelona 1997.
- REVEL, J. F.: *El pensamiento inútil*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1989
- SAVATER, F.: *El valor de educar*, Ed. Ariel, 11ª ed. Barcelona 1999.
- UNESCO, *La Educación encierra un tesoro (Informe Delors)*, Ed. Santillana, Ediciones UNESCO 1996
- VARIOS: *La educación que queremos*, Ed. Santillana. Ciclo de Conferencias, Otoño 1998
- VARIOS: *La identidad del educador cristiano*, Jornadas de Pastoral Escolar FERE 1995. Ediciones San Pío X, Madrid 1995.
- VARIOS: *Una escuela en el camino*, Jornadas de Pastoral Escolar FERE 1999. Ediciones San Pío X, Madrid 1999.

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 